

JOSÉ LUIS VALERO COLÁS / PERIODISTA

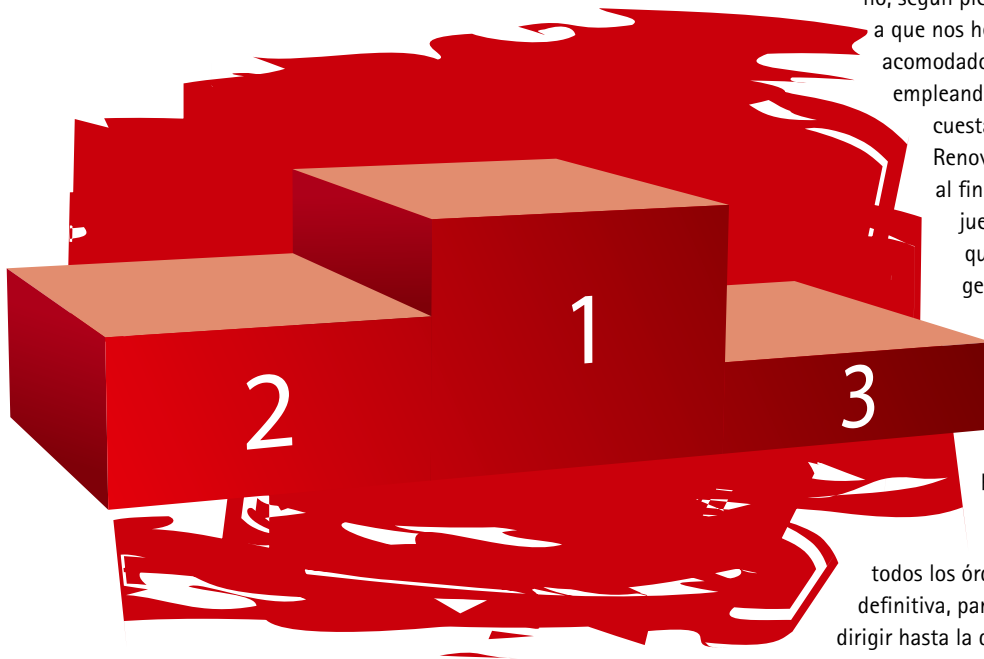
El peso de los años

La Comunidad Autónoma de Aragón ha vivido su esplendor político, social y económico entre septiembre de 1999 y febrero de 2008. Todo se torció tras las elecciones generales de marzo (en 2008), pero la etapa anterior es para tenerla de referente. Entre otras cosas, porque los aragoneses recuperamos nuestro sitio en el conjunto del Estado de las Autonomías, en todos los ámbitos, y ganamos años de retraso respecto a las Comunidades más avanzadas. No las superamos, pero estábamos casi a la par. Hasta que hace unos veinte meses empezó el declive y hemos vuelto a perder pie, por mucho que todavía estemos a tiempo de levantar cabeza y mantenernos dignamente a flote.

El problema es si seremos capaces de aguantar hasta después de las próximas elecciones autonómicas de 2011 sin seguir perdiendo puestos y fichas en esta carrera, o puzzle, del modelo español que tantos vaivenes sufre en función de quienes gobiernan desde Madrid. Podríamos decir que hemos pasado de la década prodigiosa a la incertidumbre de un futuro marcado por la duda y el temor a un relevo al frente de Aragón (sea de persona o de partidos) que se antoja demasiado confuso y con mucha escasez de protagonistas y nombres de peso en cualquiera de los niveles de decisión y de gestión.

Muchos creen que esto se debe al desgaste que produce el paso de los años, o el peso del tiempo pasado (glorioso o

no, según piense cada cual). También a que nos hemos vuelto demasiado acomodados (aburguesados diría yo, empleando terminología de antaño) y nos cuesta asumir cambios y apuestas. Renovación y relevos generacionales, al fin y al cabo. Eso es lo que está en juego y lo que no hay más remedio que afrontar porque toda una generación de dirigentes políticos, económicos y sociales han entrado ya en la recta final. Y tiene la obligación de dar paso y ceder los puestos en las mejores condiciones posibles a quienes van a tener que demostrar si son capaces de ejercer y crear liderazgos en todos los órdenes para los próximos años. En definitiva, para aquellos que nos tienen que dirigir hasta la década de los años veinte como mínimo.



Por eso tenemos que recuperar la memoria histórica y aprender de los errores del pasado. Pero no parece que se así. Seguimos dejando escapar a nuestros mejores valores y cuestionando a todos aquellos que podrían dar el paso para asumir las más altas responsabilidades. Y en esas estamos. En un tiempo perdido, donde prima la escasa capacidad de reacción y de respuesta y en una parálisis inquietante donde nada sucede y apenas se dejan ver perspectivas de futuro.

Es imprescindible romper esta dinámica. Las encuestas de opinión y de intención de voto marcan claramente esta tendencia y esta confusión. Por eso parece que nada se mueve y que las variables son puros intercambios en las mismas áreas ideológicas, en lugar de lo que deberían ser: apuestas. Salgan bien o salgan mal. Cierto es que mucho tiene que ver, como resaltan todos los analistas, que los partidos políticos no arriesgan nada y no pone en juego todas las fichas, porque a los que ahora tienen la sartén por el mago no les interesan las novedades que sucede algo nuevo en el horizontes para no perder sus posiciones. Aunque de nada sirve mantener un estatus sin tener algo valioso que ofrecer para dar un salto cualitativo en los años venideros.

Mal hacemos todos en confiarnos y en pensar que los ciudadanos no serán capaces de reaccionar a corto plazo, porque desde los años ochenta ya han sido varias las ocasiones en las que han saltado sorpresas contra pronóstico. El cansancio que produce el peso de los años provoca cambios bruscos, que no siempre son positivos y te llevan a etapas políticas (legislaturas) que brillan por la ausencia de avances y de mejoras. Habrá que hacer balance a finales del próximo año, porque éste lo estamos acabando con más pena que gloria. Y en estas circunstancias es mejor darnos un tiempo de respiro. O acabaremos como el rosario de la aurora. Y no estamos ya para esos troles.